

Laura LlevadotUniversitat de Barcelona
lraullevadot@ub.edu

Este trabajo ha sido realizado en el seno del proyecto de investigación FFI 2010-18483, del Ministerio de Economía y Competitividad.

*La dificultad de volver: exilio y filosofía en María Zambrano**The Difficulty of Return: Exile and Philosophy in María Zambrano***Resumen**

Este trabajo ofrece una aproximación a la cuestión del exilio en el pensamiento de María Zambrano, en su triple dimensión de acontecimiento histórico, categoría existencial y concepto filosófico. Con el fin de comprender el concepto de exilio analiza su vínculo con dos figuras mayores del pensamiento creador de Zambrano: Antígona y *El niño de Vallecas* o el idiota.

Palabras clave

Exilio, Antígona, despertar.

Abstract

This paper examines the issue of exile in María Zambrano's thinking, as an historical experience, an existential category and also as a philosophical concept. In order to understand this issue I consider the link between exile and two important figures in Zambrano's thinking: Antigone, and *El niño de Vallecas*, or, the idiot.

Keywords

Exile, Antigone, awaking.

Recepción: 30 de septiembre de 2014
Aceptación: 5 de febrero de 2015*Aurora* n.º 16, 2015, págs. 42-50
ISSN: 1575-5045
ISSN-e: 2014-9107
DOI: 10.1344/Aurora2015.16.4

1. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, pág. 31.

El 20 de noviembre de 1975 moría Francisco Franco. Con su muerte, que ponía fin a la dictadura, se abría la posibilidad del regreso para esos 400.000 españoles que habían cruzado la frontera treinta y seis años atrás, abandonando país, hogar, familiares y allegados, difuntos queridos, proyectos y sueños, y sin saber si acaso sería posible volver. Y sin embargo solo la mitad de ellos regresaron. Y de los que regresaron, algunos lo hicieron mucho más tarde, como María Zambrano, que esperó a otro 20 de noviembre para volver, pero esta vez, de 1984. Hay que preguntarse de dónde proviene esta dificultad en volver. ¿Se trata simplemente de que gran parte de los exiliados rehicieran sus vidas en otro lugar que ya no podrían abandonar? ¿Acaso los exiliados españoles de la Guerra Civil hallaron un país de acogida en el que enraizarse de nuevo y ya no les fue posible regresar? Para Zambrano esa sería la condición del refugiado, pero no así la del exiliado: «el refugiado se ve acogido más o menos amorosamente en un lugar donde se le hace hueco».¹ Por el contrario, el

exiliado no corre esa suerte, sino que vive en el abandono y en la imposibilidad de tener un lugar.² El modo en que Zambrano establece esta distinción entre refugiado y exiliado no da cuenta, claro está, de la realidad histórica de los que abandonaron España en el 39. Probablemente muchos de nuestros exiliados fueron también refugiados en el sentido en que lo nombra Zambrano, en la medida en que tuvieron la suerte de hallar un nuevo hogar. Pero lo que interesa de la reflexión de Zambrano en torno al exilio es su modo de dibujar la condición de exiliado como un aspecto irrenunciable de la condición humana. No que todo hombre por el hecho de serlo sea ya un exiliado, sino que en la realización de su humanidad, en el camino de llegar a ser quien se es en que la vida consiste, el exilio forma parte de esta experiencia inaudita y necesaria a través de la cual tratamos de deshacer el nudo en el que la existencia a menudo se nos convierte hasta, algunas veces, siempre demasiado a menudo, quedarse detenida.

Puede decirse, por lo tanto, que hay un lazo esencial entre el exilio efectivo de Zambrano que se inicia el 25 de enero de 1939 y su reflexión filosófica en torno al exilio. Pero no se trata de una relación causal. La suya podría haber sido simplemente una filosofía en el exilio entre tantas otras, esto es, la obra de una española que se publica por razones obvias fuera de España (en México y Puerto Rico, principalmente). La «falta de receptividad» de su obra, como la llamaba Valente,³ el hecho de que no empiece a ser estudiada sino muy tardíamente, se explicaría entonces por este hecho histórico que es la imposibilidad de publicar en el país propio. Pero tal vez haya aún una razón más profunda para esta ausencia de recepción, y quizá sea el hecho de que la filosofía de Zambrano no es solo una filosofía en el exilio sino una «filosofía del exilio», es decir, un pensamiento para el cual la cuestión del exilio se vuelve un problema esencial.⁴ De ahí que su inscripción en una escuela concreta de pensamiento sea tan equívoca. Lo que nos gustaría esgrimir aquí es precisamente esta cuestión, la centralidad del exilio como categoría privilegiada de este pensamiento. Lejos de devolver a los datos históricos el problema del exilio, lejos de explicar la problemática del exilio en el pensamiento de Zambrano devolviendo la cuestión a los hechos, se trataría de pensar este asunto que en la vida y el pensar de Zambrano los hechos, dramáticos y mezquinos, sin duda, pero también necesarios, propiciaron.⁵ La pregunta medio curiosa medio acusatoria acerca de por qué María Zambrano tardó tanto en volver, la cuestión zambrana acerca de la dificultad del regreso efectivo que ella misma a menudo confiesa: «confieso que me ha costado mucho trabajo renunciar a mis cuarenta años de exilio»,⁶ tal vez pueda servirnos no solo para comprender por qué tantos y tantos exiliados no supieron retornar aún sin sentirse acogidos en otro lugar, sino también, y más esencialmente, por qué en el simple hecho de vivir nos es tan difícil regresar, por qué el regreso se nos aparece imposible en algunos momentos de nuestras vidas, como si se hubiese perdido suelo, como si ya no hubiera lugar; por qué el exilio, aún sin ser histórico,

2. Zambrano, M., *ibidem*, pág. 32.

3. Valente, J. Á., «El sueño creador» en *Litoral. Revista de la Poesía y el Pensamiento*, n.º 124-125-126, 1968, pág. 78.

4. Entre los trabajos que han abordado esta cuestión desde esta perspectiva cabe señalar: Abellán, J. L., *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, y entre los más recientes, Sánchez Cuervo, Sánchez Andrés y Sánchez Díaz (dir.), *María Zambrano. Pensamiento y exilio*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, así como el n.º 279 de *aut aut*, mayo-junio 1997, dedicado íntegramente a esta cuestión.

5. Ruiz, J., «La dama errante», en *Aurora*, n.º 1, 1999, págs. 44-50.

6. Zambrano, M., «Amo mi exilio», en *Las palabras del regreso*, Gómez Blesa, M. (ed.), Salamanca, Amaru, 1995, pág. 14.

7. Zambrano, M., «Amo mi exilio», op. cit., pág. 14.

8. *Ibidem*.

9. Esta es una de las tesis que defiende José Luis Abellán en «María Zambrano: Vida itinerante y exilio», en *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*, Jesús Moreno Sanz (ed.), Madrid, Residencia de Estudiantes / Fundación María Zambrano, 2004, págs. 87-100.

10. Para un mapa detallado de los viajes de María Zambrano, véase Fenoy, S., «Mapa del Exilio», en *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*, *ibídem*, pág. 85.

11. En la entrevista de Antonio Colinas «Sobre la iniciación. Conversación con María Zambrano» (en *Album. Letras y Artes*, Madrid, 1995, págs. 66-77), Zambrano reconoce haber ido como todos los iniciados en busca de un lugar, y haberlo creído encontrar por momentos en el Jura francés, págs. 71-72.

12. Zambrano, M., «Amo mi exilio», op. cit., pág. 14.

13. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio», pág. 68.

y por lo tanto dicho con toda la prudencia del mundo, puede convertirse en una experiencia esencial. Este texto quisiera ser una tentativa de desplegar la siguiente afirmación de María Zambrano perteneciente a «Amo mi exilio» (1989): «Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero al decirlo me quemo los labios». ⁷ Tengamos siempre presente en lo que sigue la segunda parte de esta frase.

1. Del exilio efectivo al exilio como categoría

Corresponde a María Zambrano el haber elevado el exilio a categoría filosófica. Si nos atenemos a su obra, la categoría del exilio entronca con una serie de conceptos y problemáticas claramente zambranianas tales como el sueño, la confesión, la figura del «idiotita», la historia o la palabra. Sin adentrarnos todavía en la red conceptual que permite ubicar el exilio en el interior de su filosofía, habría que empezar por aclarar que si le debemos a Zambrano una reflexión original e ineludible sobre el exilio, fue muy a su pesar y solo por necesidad. Como ella misma admite: «yo querría que no volviese a haber exiliados», y «no le pido ni le deseo a ningún joven que lo entienda, porque para entenderlo tendría que padecerlo», ⁸ pues no es deseable que nadie se halle en esta situación efectiva, la de tener que partir de su lugar propio por haber sido este ocupado y sometido. Fue por lo tanto la necesidad —no sabemos si provocada únicamente por el exilio español o por haber heredado de sus antepasados la condena familiar a errar— ⁹ la que abocó a María Zambrano a tener que pensar el exilio, el exilio como condición humana. Y sucede que precisamente cuando algo se piensa por necesidad vital, por exigencia de la vida, lo pensado alcanza una universalidad en la que es posible reconocer lo que de humano hay en cada cual. Este es sin duda el caso de la categoría de exilio en María Zambrano.

El 25 de enero de 1939 Zambrano cruzaba la frontera francesa junto con su madre y su hermana. Se iniciaba así una errancia, una inacabable itinerancia largamente pensada que la llevaría a París, Nueva York, México, La Habana, Puerto Rico, Roma, La Pièce (Francia) y Ginebra. ¹⁰ Con la excepción de La Pièce, en ninguno de estos lugares halló María Zambrano su sitio. ¹¹ De hecho, mucho más tarde reconocerá que en realidad «el exilio ha sido como mi patria». ¹² Y esto es precisamente lo que Zambrano se propone pensar, el exilio como ausencia de patria. De hecho, este es el motivo por el cual se le hace imposible responder a la llamada de los jóvenes que luchaban por el florecer de la democracia en España hacia el final de la dictadura franquista: «Ahora, en realidad, se nos llama a salir del exilio hasta el punto de casi ignorarlo, olvidarlo o desconocerlo», ¹³ se lamenta en 1961. Como si la presentida llegada de la democracia borrara de un plumazo todos los años de errancia, de penuria, de largas meditaciones y sostenidos sollozos. Como si el fin de la dictadura desvaneciera las razones para no volver y solo quedase la

incomprensión para con aquellos a los que la duda sobre la existencia de algo llamado patria podía todavía retener. No se trata pues, en ningún caso, de que Zambrano haya encontrado otro lugar donde establecerse. Las cartas desde América a su hermana, afincada entonces en París, son sobrecogedoras a este respecto: «Os he querido evitar lo que yo aquí padezco, el desencanto de América. [...] ¿Cómo explicar lo que es América? Si tuviese que elegir una palabra sería esta: desolación».¹⁴ Pero hay que comprender que tras la marcha se ha borrado también el lugar donde volver. Quizá sea este el punto más problemático e interesante del exilio efectivo de Zambrano y de tantos otros. De hecho, en *Los bienaventurados* —el tercer texto junto con «Carta sobre el exilio» (1961) y «Amo mi exilio» (1989) en el que se da una tematización explícita de la cuestión del exilio— cita un poema de Luis Cernuda, «Ser de Sansueña», que expresa bien esta contradicción por la cual el exilio borra no solo el lugar de acogida, que le está reservado al refugiado, sino también el lugar donde volver. Hay unos versos en el poema de Cernuda que dicen así: «Es la tierra imposible | que a su imagen te hizo | para así arrojarte» y más adelante sigue: «y ser de aquella tierra lo pagas con no serlo | De ninguna». Sobre este poema y probablemente teniendo en mente estas palabras escribe Zambrano: «Y así en el poema que suponemos sin duda inmortal de Luis Cernuda, «Ser de Sansueña», se encuentra el apurar el destierro y el iniciarse del exilio en un instante único».¹⁵ El destierro implica todavía la permanencia de un «lugar propio» del cual se ha sido expulsado. En el destierro uno siente el abandono, pero «el encontrarse en el destierro no hace sentir el exilio, sino ante todo la expulsión».¹⁶ En el poema de Cernuda el destierro se percibe en los primeros versos citados, en la tierra imposible que te arroja fuera de ella pero cuya imagen todavía permanece incólume. El paso al exilio, sin embargo, se aprecia en el momento siguiente, o en el mismo instante, según Zambrano, en el que la descripción del paisaje contradictorio de la patria amada y odiada por haber sido rechazado por ella deja lugar a la constatación de que en realidad no se pertenece a patria alguna, de que se ha perdido para siempre la «propiedad» del lugar. Por eso escribe Zambrano que:

De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se encamina, se reitera su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa al huir de la seducción de una patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces inevitablemente es acusado de eso, de irse, de irse sin tener ni tan siquiera a dónde. Pues de lo que huye el prometido al exilio, marcado ya por él desde antes, es de un dónde, de un lugar que sea el suyo.¹⁷

Más allá del destierro que conserva el lugar de partida está el exilio. Este pasaje revela claramente lo que a Zambrano su propia experiencia le dio que pensar. El exilio es la pérdida del lugar inicial, la pérdida definitiva de la patria, por eso resulta tan difícil volver,

14. Carta de María Zambrano a Araceli del 27 de diciembre de 1945. Archivo de la Fundación María Zambrano. Citado en Abellán, J. L., op. cit., pág. 93.

15. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, op. cit., pág. 32.

16. *Ibidem*.

17. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, op. cit., págs. 37-38.

18. Carta de María Zambrano a Araceli del 27 de diciembre de 1945, op. cit.

19. Una de sus primeras obras en el exilio fue precisamente: *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, La Casa de España, 1939, a la que seguirían otros tantos textos sobre España y Europa, tales como: *La agonía de Europa* (Buenos Aires, Sudamericana, 1945) o *España, sueño y verdad* (Barcelona, Edhasa, 1965).

20. Zambrano, M., «Amo mi exilio», op. cit., pág. 13.

21. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio», op. cit., pág. 67.

22. Zambrano, M., «La tumba de Antígona», en *Senderos*, Barcelona, Anthropos, 1986, pág. 207.

23. También Laura Boella ha reparado en esta relación entre el idiota, el exiliado y los hombres subterráneos, tales como Antígona, en «La passione della storia», *aut aut*, n.º 279, op. cit., págs. 25-38.

24. Zambrano, M., *Senderos*, op. cit., págs. 199-265.

25. Zambrano, M., *España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa, 2.ª ed., 1982, págs. 175-191.

porque lo que se pierde en el exilio es el «dónde» del regreso. Como en el poema de Cernuda, el exiliado es el que está marcado por esta ausencia, por eso puede decir Zambrano que de algún modo, «ya desde antes» el exiliado estaba «prometido al exilio» y condenado a ser acusado por huir. Es aquí donde el exilio efectivo que sufrió Zambrano, como tantos otros, se eleva a categoría filosófica, existencial, se diría, pues la pérdida de lugar propio no es algo que solo ocurra a los efectivamente exiliados por causas políticas, sino a todos aquellos que en algún momento perdieron suelo, se sintieron como no siendo de este mundo, sin mundo propio: «Y es que ni tú, ni yo, ni mamá y papá, somos de *este mundo*».¹⁸

Lo que hay que celebrar es que esta pérdida del lugar propio que Zambrano experimentó, y que motiva la imposibilidad de volver, no fue acallada y «abandonada a las opiniones de las gentes». Del mismo modo que Zambrano sintió la responsabilidad de pensar el lugar de dónde provenía, de replantearse su herencia y no dejar que España fuera definida y condenada por los demás,¹⁹ sintió también la necesidad de pensar el exilio, la condición de exiliado. Lo cual le permitió no sólo justificarse, sino sobre todo dar cuenta del exilio como categoría existencial además de histórica. Es aquí donde debiéramos detenernos para oírla hablar.

2. El exilio como «dimensión esencial de la vida humana»

Habría que interrogar las figuras con las que Zambrano describe la situación del exilio y la existencia del exiliado. De entre todas ellas, escogeríamos dos que son como dos etapas de este intrincado camino vital que Zambrano viene a referir. Se trata, en primer lugar, de la figura de Antígona, invocada justo al inicio de «Amo mi exilio»: «Hace ya bastantes años que escribí en *La tumba de Antígona* que *la patria es el mar que recoge el río de la muchedumbre*».²⁰ Y, en segundo lugar, la figura de *El niño de Vallecas* pintado por Velázquez al que se alude en varias ocasiones a lo largo de la «Carta sobre el exilio»: «[el exiliado] Se ha quedado ahí, detenido sin reposar, en un lugar que ni lo envuelve ni lo sostiene, en ese misterioso lugar donde aparecen los *tontos* de Velázquez».²¹ Se trata de dos figuras que señalan ante todo «lugares», de esos lugares que, según Zambrano, «preceden a las funciones»²² que se ejecutan en ellos, y que por eso mismo han de ser revelados, explicados, dados a ver, porque permiten a quienes los habitan reconocerse en ellos y calmar al menos su sed.²³ De este modo traza Zambrano el «lugar» del exiliado, a través de una topología existencial que su obra pone en movimiento y que trata de ofrecer un mapa a quien se perdió sin saber cómo en el laberinto del vivir. Antígona y los bobos de Velázquez, ¿qué podrían tener en común?: pues que habitan lugares contiguos. A ambas figuras dedicó Zambrano textos ya célebres: «La tumba de Antígona»²⁴ y «Un capítulo de la palabra: el idiota».²⁵ Tal vez la lectura cruzada de estos textos con los señalados sobre el exilio pueda ofrecernos algunas pistas que nos permitan esbozar este espacio

existencial que Zambrano concibe como una «dimensión esencial de la vida humana».

Empecemos por Antígona. La referencia a la definición de patria al principio de «Amo mi exilio» aparece para indicar que el exiliado, al igual que Antígona, es alguien que se ha salido del «río de la muchedumbre» y que por lo tanto no va a dar en el mar donde se le prometería la unidad presentida. Ni Antígona ni el exiliado tienen ya mar donde reunirse con los demás. Este es otro modo de decir que ambos han perdido la posibilidad de tener un «estar», un lugar propio, un lugar entre los otros. Ninguno de ellos está ya en la vida siendo alguien. Lo que les caracteriza es, por el contrario, un «vivir sin acabar de estar».²⁶ El exiliado vive «naciendo y muriendo al mismo tiempo», dice Zambrano: «habiendo de vivir sin poder acabar de estar, cosa tan necesaria. El estar moviéndose sin poder apenas actuar: el que mora al par en una cueva, como el que nace, y en el desierto, como el que va a morir».²⁷ La referencia a la cueva es aquí importante, porque señala directamente con el dedo a Antígona encerrada en su tumba, medio muerta medio viva, sin acabar de morir. El exiliado y Antígona son figuras que más que vivir plenamente una vida son supervivientes de una tragedia, seres a los que la muerte, por alguna absurda razón, no se pudo tragar, y que deambulan sin saber adónde se dirigen. Ahora bien, precisamente por ser su lugar un no lugar, por estar situados en ese espacio «entre», ambas figuras ejecutan una función esencial para con los vivos y los muertos. Zambrano no permite que Antígona se suicide, tal y como sí hace Sófocles en su tragedia, y por el contrario le da voz, la sitúa en su tumba delirando, y en su delirio, abriendo el espacio mediador que debe apurar el conflicto que dejó a los vivos en el mundo de los vivos y a los muertos sin lugar: «La tumba en que Antígona fue enterrada viva —escribe Zambrano— la guardó durante un tiempo —el que se le debía— viva, consumiéndose en la última etapa de su vida —una vida en que gracias a un ser sacrificado se recapitula la historia de un linaje, de una ciudad».²⁸ Así, Antígona, en su delirio y en su ruina, conserva esta función mediadora, la de recapitular la historia de la ciudad de la que ha sido rechazada, la de aportar un sentido al mar que ha dejado de tenerlo. De este modo Antígona inaugura una estirpe: «Es la estirpe de los enmurados no solamente vivos, sino vivientes. En lugares señalados o en medio de la ciudad entre los hombres indiferentes, dentro de una muerte parcial».²⁹ Y a esta estirpe pertenece también el exiliado. Superviviente de una tragedia que nadie de los que se quedaron podrá explicar a no ser que se adentren, como él, sino en el desierto, sí en la cueva, en las entrañas de la ciudad tomada y sometida.

Este es el vínculo que el exiliado mantiene con la historia.³⁰ Un parentesco oblicuo, puesto que el exiliado no interviene directamente con su acción en el devenir histórico, ya que él es el que se va, el que «se mueve sin poder apenas actuar». Y sin embargo, si la historia tiene algún sentido, este tiene que provenir de los sacrificados por

26. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio», op. cit., pág. 66.

27. *Ibídem.*

28. Zambrano, «La tumba de Antígona», op. cit., pág. 216.

29. *Ibídem.*, pág. 217.

30. Sobre la cuestión de la historia en el pensamiento de María Zambrano, véase: Revilla, C., «El privilegio de tener antepasados: la lectura zambrana de la historia», en *Entre el alba y la aurora. Sobre la filosofía de María Zambrano*, Barcelona, Icaria, 2005, págs. 63-82, y sobre la función reveladora del exilio en su condición de «memoria viviente», véase Laurenzi, E., «La cuesta de la memoria», en Revilla, C. (ed.), *Claves de la razón poética*, Madrid, Trotta, 1998, págs. 68 y ss.

31. Zambrano, M., «Amo mi exilio», op. cit., pág. 13.
32. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio», op. cit., pág. 68.
33. Zambrano, M., «Un capítulo de la palabra: el idiota», op. cit., pág. 180.
34. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio», op. cit., pág. 67.

ella, de los que se adentran en sus entrañas porque al ser incapaces de vivir en la superficie no pueden más que recogerse, «juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerla en vilo para que no se arrastre. No hay que arrastrar el pasado».³¹ En realidad el exiliado es como el durmiente frente a los despiertos que tienen patria e historia, pero en su sueño ocurre lo que no puede ocurrir en estado de vigilia, el despertar, el ver: «el exiliado ha tenido que despertar. Y si se ha quedado así, embebido en sí mismo y como ajeno a todo, hasta a su propia historia, es por verla, por estarla viendo cada vez con mayor claridad».³² De ahí que el exiliado ocupe un lugar privilegiado, precisamente por no pertenecer a ningún lugar, por no tener que defender su estar activamente, la pasividad del sueño le ofrece la visión justa, esa que en el delirio, como Antígona, hallará su expresión.

Pero esta función mediadora que Antígona descubre en el exiliado está llena de peligros, el primero de ellos el mutismo, la imposibilidad de hablar. Y eso es lo que viene a encarnar la imagen de *El niño de Vallecas* al que Zambrano dedica tan bellas palabras y que la expresión anteriormente citada «embebido en sí mismo» no hacía más que señalar. Hay algo pasivo y a la vez santo, si es que todavía se puede utilizar esta palabra, en el silencio del exiliado. Zambrano lo dice claramente en su carta de 1961:

Y para ellos, para estos jóvenes ha de tener vigencia más que para nadie quizás, esa imagen del *El niño de Vallecas* o del «Bobo de Coria», en la cual algunos exiliados —por lo menos quien esto escribe— nos reconocemos. Estamos, pues, de acuerdo en principio. Sí, en efecto, así nos hemos quedado, si no todos, muchos; yo diría que todos los que no tuvimos nunca una específica actividad política.

Aunque pueda sonar a justificación, esta apelación a la ausencia de actividad política, la figura del idiota, del bobo que Velázquez supo retratar tan fielmente, dice algo esencial de la condición del exiliado. Por haber perdido el hilo de su historia, por haber dejado de caminar en línea recta, el exiliado deambula como el idiota, anda errante, está solo entre toda aquella gente que camina sabiendo adónde va. Zambrano describe al idiota desposeído de palabra, andando en ronda, bailando como pasmado alrededor de algún centro invisible, merodeando.³³ Este es también el modo de caminar del exiliado. Y la semejanza entre el idiota y el exiliado está claramente trazada en la «Carta sobre el exilio». Sin embargo, no se trata de que el exiliado se haya quedado simplemente mudo, embebido en su desgracia, con la existencia detenida irremisiblemente. Pudiera ser este el caso de algunos. Pero a Zambrano le interesa, a la par que señalar la semejanza, mostrar que esta es también la imagen de lo que en *Los bienaventurados* llamará «el exilio logrado»: «La imagen del hombre en ese indiscernible instante entre la voz y la palabra»,³⁴ la imagen «del que va a romper a hablar», del «Niño de Vallecas». «En estado naciente» es la expresión que Zambrano utiliza repetidamente para

definir al idiota³⁵ y al exiliado que logra hacerse con su condición.³⁶ Es también la expresión que utiliza para referirse al tipo de verdad que su pensar trata de hacer valer. La pasividad del exilio no indica solo la pérdida de la palabra sino también la gestación de la palabra diáfana, de la palabra que salva: «Es la presencia de una voz inaudible; la del exiliado también inaudible; la voz para decir las palabras concebidas diáfananamente, es decir, sin carga de pasión alguna».³⁷ Esta voz inaudible, junto al audible delirio de Antígona, es también la voz del exiliado que se ha quedado mudo ante el horror de la pérdida pero que ha sabido transformar el desamparo en silencio preñado de sentido.

3. Filosofía y exilio

¿Qué es pues el exilio en María Zambrano? Obviamente es la situación efectiva que junto a tantos otros y por desgracia le tocó vivir, pero que ella experimentó de manera lúcida, tratando de comprender que el exilio no solo no le permitiría hallar un lugar de acogida sino que debía consistir en la irremediable ausencia de patria. Por ello, en segundo lugar, el exilio se convierte en la filosofía de Zambrano en una categoría existencial que describe la situación de aquellos que han perdido lo propio, que por inevitables circunstancias han sido desposeídos y condenados a errar sin tener un lugar donde actuar y ser alguien. Cuando esto ocurre a menudo la vida se detiene irremediablemente y no alcanza a hallar expresión. Sobreviene entonces la enfermedad, el mutismo, la rendición definitiva. Pero Zambrano nos descubre dos figuras-guía, la de Antígona y la del «Niño de Vallecas», que permiten vislumbrar una salida a esta situación, un éxtasis (*ekstasis*) no extático. El delirio lúcido de Antígona y el silencio preñado del Idiota son estancias del exilio. Pasos, etapas, en el camino del exiliado que tiene por tarea deshacer el nudo en que la existencia se ha convertido y a la vez, por su acción mediadora, donar algo de su verdad a los que siguen activos, a los que tienen patria e historia, a los que se saben en su lugar, pero que tal vez sospechen que más allá de los confines de lo propio hay una música no oída, un aliento de otro mundo, del que los exiliados de todas clases traen noticia. Entre estas criaturas sin lugar que irrumpen en la diligencia de los vivos está el filósofo: «los primeros filósofos iban errantes»,³⁸ pero solo cuando reconoce que en él, más allá de su actividad diurna, habita un exiliado que calla en busca de la palabra esencial.

En la filosofía de María Zambrano el exiliado ha hablado. Podremos hallar su rastro, no solo en las cartas a sus familiares y allegados en las que se lamenta de su exilio efectivo, ni tampoco únicamente en los textos que dedica a esta cuestión, como los que aquí hemos tratado, sino también en su filosofía, en sus textos sobre la confesión, el sueño creador, sobre Antígona... Es así como la experiencia personal de María Zambrano alcanza la universalidad necesaria para que el individuo, el singular aquejado por la pérdida, halle en su

35. Zambrano, M., «Un capítulo de la palabra: el idiota», op. cit., pág. 180.

36. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, op. cit., pág. 41.

37. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio», op. cit., pág. 67.

38. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, op. cit., pág. 57.

filosofía la ocasión para que algo ocurra, para que la vida viva, para que existencia y pensamiento no corran ya más por separado. En el exilio, nos viene a recordar Zambrano, se ven cosas que el que mora en su lugar propio no puede ver. Y sin embargo, «al decirlo me quemo los labios», advertía Zambrano, porque el exilio es algo que ocurre, que no se decide, y que a nadie se debería desear.

